

del derecho de peticion, cualquier ciudadano, ó la reunion de muchos, puede dirigir sus representaciones ante el mismo poder legislativo, tenga ó no periódico en que sostenerlas, pertenezca ó no á algun partido político, y choquen ó dejen de chocar con los intereses de alguno de ellos ó de todos.

¡Y qué! Los padres de familia, que no pueden facilitar á sus hijos una educacion tan esmerada y completa en lo literario como en lo moral como desean: ¿no pueden solicitar un cuerpo tan acreditado como el de los Jesuitas, que llene sus miras? Los señores obispos y el clero secular y regular, viendo en ese mismo cuerpo una reunion de sacerdotes sábios y virtuosos; ¿no pueden pedir la restauracion de unos tan celosos y útiles cooperadores? Los presos de la cárcel, los enfermos de los hospitales, los necesitados todos, que saben que en los Jesuitas van á encontrar consuelo y auxilios de toda clase; ¿no podrán reclamar que se les vuelva su existencia pública? Las almas religiosas que todavia creen en Dios y desean su salvacion; ¿no tendrán derecho, en la lamentable escasez de ministros que se deplora, á pretender que estos se aumenten con la recluta de una nueva tropa auxiliar? Los estados limítrofes, presa hoy de las tribus bárbaras; ¿no tendrán libertad de oponerles un dique, en ese escuadron de apóstoles, que otra vez las han amansado y reducido á una vida cristiana y social? Ultimamente la nacion toda que ha adoptado el sistema de libertad mayor que se conoce; ¿solo negará este derecho á los hermanos de esos sábios y recomendables sacerdotes, que en los Estados Unidos del Norte, han sido aceptados con la mayor cordialidad, han encontrado asilo al ser espulsados ignominiosamente de su pais natal por la ceguedad y violencia de los revolucionarios, y se han encomendado, á pesar de las prevenciones protestantes, de educar á sus hijos, la esperanza de la futura grandeza de esa república?

B.—Paréceme, señor, que vd. hace la cuenta sin la huespeda. Mucho es lo que ensalza el numero de los interesados en el restablecimiento de los hijos de Loyola; pero parece que nada pesa en su balanza el de sus innumerables enemigos. Seamos ingenuos, si los Jesuitas son tan buenos, tan santos, tan grandes y útiles; por qué se han armado tantos adversarios en su contra desde su nacimiento? y no me salga con que todos son cismáticos, hereges, é incrédulos; porque á fé mia, que yo puedo citarle hombres muy respetables y católicos, que han sido sus declarados enemigos. ¿En qué consiste, pues, que tantos hombres de bien, en vez de traerlos en las palmas de las manos, de correr en pos de ellos, de incensarlos, como vd. quiere, y de solicitar de todas maneras su restablecimiento, los persigan, los abominen, les profesen tan mortal ojeriza, y les hayan declarado una guerra tan constante?

M.—Voy á contestar á vd., seor-maestro. Nada hay tan santo, tan grande, tan útil y benéfico en este perro mundo, que á proporcion no sea el blanco del odio, de la calumnia y de la persecucion.

B.—Por Dios, señor, ¿qué proposicion tan avanzada acaba vd. de proferir! ¿piensa vd. que porque soy barbero carezco de sentido comun? Lo que es santo todos lo veneran, lo grande todos lo admiran; lo útil y benéfico todos lo favorecen.

M.—¡Vaya que no está vd. en autos, seor-maestro! Nada hay mas santo que Dios, y desde los ángeles rebeldes á la fecha, no han faltado ni faltan quienes lo desconozcan y blasfemen. Nada mas grande que la virtud, y siempre ha sido odiada y calumniada. Nada mas benéfico al mundo que el cristianismo, y ninguna religion ha sufrido los combates y persecuciones que ésta verdadera hija de Dios.

B.—Ya, ya veo á donde va vd. á parar con sus exageraciones: á comparar á sus Jesuitas nada menos que con el mismo Dios, á hacer de ellos la personificacion de la virtud, á limitár solo á esa Compañía toda la Iglesia católica. A otro perro con ese hueso: vd. hará creer estas consejas á las beatas, á los fanáticos, á los crédulos é ignorantes: ¿pero á mí? ¡á mí, que he leído, aunque pobre barbero, los *Documentos y obras importantes, el Retrato de los jesuitas, la Idea sucinta y el Judío Errante*, me quiere vender gato por liebre? No señor, los Jesuitas no son sino los propagadores de todos los errores; los maestros de las mas perversas doctrinas, los mayores enemigos del clero, los.....

M.—Perdone vd. que lo interrumpa, seor-maestro, pero cada vez echo de ver lo versado que está en la lectura de los periódicos. Ellos son, hablando propiamente, la verdadera imágen del *Arlequin* de Eugenio Süe, ó si le desagrada la comparacion, aunque de un autor tan de moda, el verdadero campo de Agramante, en que tan pronto se combate por la águila como por la espada, por el caballo como por la albarda. Ahora no se trata de si los Jesuitas son buenos ó malos, útiles ó perniciosos: sino de si lo santo, lo grande y benéfico tiene contradictores y enemigos. Limitémonos, pues, á esta cuestion, pues cualquiera por insignificante que sea, si no se establece sobre principios para deducir despues las consecuencias, no es mas que un embrollo, una confusion y juego de palabras, en que solo gana el mas sofista y hablador. Dígame francamente, ¿no guarda vd. algun orden en las operaciones de su oficio?

B.—La verdad, señor, que me ha dado buena rociada, y en mi buen juicio de barbero conozco que ha sido con razon. Yo no doy primero el espejo y despues razuero, ni sangro antes de ligar la vena.... Prometo enmendarme, y le ruego á vd. que cuando me estraíe, me llame al orden, seguro de mi obediencia. Prosiga vd.

M.—Pues bien. Cuando la misma historia sagrada nos enseña, que el inocente Abel, que el justo Noé, que el benéfico Moisés, que el celoso Elias, que el hombre formado segun el corazon de Dios, David, y tantos, tantos ilustres y santos personajes de la antigua ley, entre ellos todos los profetas y maestros del pueblo hebreo, han tenido envidiosos, perseguidores y asesinos, sin respeto á su santidad, á

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

sus luces y beneficios, ni á los altos puestos que han ocupado: ¿podrá todavía dudar de esta verdad? ¿tendrá valor para condenar á tan gran número de hombres respetables, sin mas razón que haber sido víctimas de las pasiones humanas? ¿fallará en su contra solo con referir la inmensa lista de sus adversarios?

Sobre todo, seor-maestro, dé vd. una ojeada á la historia del mundo desde la venida de Jesucristo. Apenas nace el divino Salvador, cuando tiene que huir á Egipto por la persecucion de Herodes, que atenta á su vida, derramando torrentes de sangre, para que no escape su víctima: preséntase Jesus al pueblo; predica la moral mas pura y santa; ofrece en su vida los mas claros ejemplos de virtud: multiplica el pan para saciar la hambre de millares de personas; resuscita muertos, sana enfermos de toda clase, libra endemoniados de sus infernales huéspedes; por todas partes pasa haciendo bien y colmando á todo género de personas de sus beneficios. ¿Y qué se decia del divino Maestro? Era llamado Samaritano, amigo de gente perdida, contrario al César, seductor de los pueblos, endemoniado, y aun el mismo Belzebug. Tan injusta y apasionada persecucion no se calmaba por los aplausos y victores del pueblo, y una vida tan preciosa, que debía de prolongarse á costa de los mayores sacrificios, acabó infamemente en un patíbulo entre la grita, la mofa, las injurias y blasfemias de los mismos á quienes habia prodigado toda clase de mercedes. Y advierta vd. de paso seor-maestro, que sus mas encarnizados adversarios, no eran gente valadí, ignorante y de la hez del populacho, sino los sacerdotes, los escribas, los doctores de la ley y ancianos del pueblo, que debian reconocer una mision, que confesó públicamente el gefe de los soldados paganos.

B.—Muy elevados son los personages que vd. me ha citado, y ya esto me hace alguna fuerza. Cuanto acaba de decirme es cierto, y no puedo negarlo; pero señor, debe vd. reflexionar, que todo esto estaba ya profetizado de antemano, y que debia suceder para que tuviera verificativo la redencion del mundo. Pero despues de promulgada la religion católica, y reconocida por la única verdadera ¿no ha variado la escena? ¿No la han abrazado, venerado y protegido todos los grandes del mundo? ¿No la han alabado y engrandecido todos los sábios? ¿No ha doblado el cuello á su yugo todo el universo?

M.—No seor-maestro, no es cierto lo que vd. dice. La palabra de Jesucristo desmiente esos asertos, y la historia ha confirmado con irrecusables hechos toda su veracidad. El anunció á sus apóstoles y discípulos, y en ellos á todos los fieles, que su herencia no seria mejor que la que á él le habia tocado en suerte: que serian el blanco de las persecuciones, de las injurias, de los desprecios y calumnias, hasta el grado, enténdalo vd. bien, de que creerian los hombres hacer un servicio á Dios en quitar la vida á sus verdaderos creyentes y adoradores. Dijo que el discípulo no habia de ser de mejor condicion que el maestro: aseguró que jamás

faltarían escándalos, y últimamente para animar á los cristianos á abrazar la tan pesada cruz que se les aguardaba, así de los enemigos domésticos, como de los exteriores, los alentó ofreciendo la bienaventuranza á los que lloran; y tambien, y aquí llamo la atencion de vd., á los que padecen por la justicia y virtud.

Prosiga vd. la historia y verá á los primeros predicadores del Evangelio, llenos del Espíritu Santo, dotados del don de milagros, del de lenguas y de cuantos pueden hacer venerables y útiles á los hombres, modelos de virtud y asombro por su sabiduría, ser el blanco de la persecucion humana hasta espirar en los patibulos y tormentos. Vea á todo el mundo inundado en los primeros siglos del cristianismo en la sangre inocente de los adoradores de Jesucristo, no por ladrones, no por sediciosos, homicidas ó sembradores de perwersas doctrinas, sino únicamente por fieles á su religion y apegados á sus sacrosantas máximas. Y bien sabe vd. que no eran tan solo los perseguidos los hombres que por su saber y respetabilidad podían hacer sombra al paganismo, sino gente de poco viso y representacion, y de toda clase de condicion aun la mas vil y abyecta: ancianos, venerables por sus canas, honestísimas matronas, delicadas y hermosas doncellas, y lo que mas admira, tiernos é inocentes niños.

Es cierto que esta horrorosa y sangrienta persecucion calmó con la conversion de Constantino, aunque jamás ha terminado completamente, testigo, no solo en los tiempos anteriores diversas naciones idólatras, sino aun en muy recientes la China y la Francia, y en los actuales, el Japon, la Rusia y la Polonia; ¿pero qué importa si á ella se substituyó otra no menos tenaz y perfidada? No ha habido un solo siglo en que el cisma, la heregia, ó la incredulidad no haya combatido encarnizadamente contra el catolicismo, contra sus mas santos varones, sus mas celosos predicadores y sus defensores mas esforzados. Repito que si vd. lo duda, ahí está la historia, y ella le enseñará al mismo tiempo los atentados cometidos contra la Iglesia de Dios, y el casi infinito número de las gloriosas víctimas sacrificadas á la rabia de los cismáticos, de los hereges, é incrédulos, por su santidad, por su sabiduría, por su beneficencia y caridad, y por su firmeza en sostener á la única y verdadera esposa del Cordero.

Sobre todo, amigo mio, abra vd. las crónicas de todas las sagradas familias religiosas, especialmente aquellas que han tomado por instituto procurar la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y aun el bien temporal de sus prógimos, y verá que jamás la Iglesia Santa, cual madre fecunda, ha dado á luz algun gran parto, sin que no le haya costado acerbísimos dolores. Consulte vd. esas venerandas historias, que el ingrato mundo hoy mira con desdén y con el mas alto desprecio, y verá por sus propios ojos las contradicciones, calumnias, injurias y padecimientos de toda clase, de que,

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. L.

así como hoy es blanco la Compañía de Jesus, lo fueron en su tiempo, poco mas ó menos, las ilustres órdenes de San Benito y San Agustin; de Santo Domingo y San Francisco; del Cármen, la Merced, y en fin, todas las religiones, sin esceptuar á los caritativos hijos de San Juan de Dios, San José Calazans, San Vicente de Paul y de los venerables, Pedro de Betancourt y Bernardino de Alvarez, honor de nuestra América.

Convengamos, pues, en qué ó faltando á la verdad, á la justicia y aun á la misma religion, nos avanzamos á decir que todos los grandes hombres y familias que acabo de citarle, son unos malvados, unos sediciosos, unos hombres perjudiciales á la sociedad, entrando en esta cuenta el adorable fundador del cristianismo; ó que la persecucion, el odio, la calumnia y el aborrecimiento del mundo es la consecuencia de la santidad, de la sabiduria y de la utilidad de los perseguidos.

B.—Señor, vd. es instruido y habla muy bien, y no sé que contestarle. Pero volviendo á los Jesuitas, cuya historia acaso conozco mas que vd., no me parece que se encuentran en el mismo caso. Vd. sabrá mas que yo en otras materias; pero en esto de Jesuitas, está muy descañonado.

M.—Muy ligero es vd. en calificar el saber ageno, amigo mio: al fin como buen discípulo de los periodistas; pero acaso va á desengañarse muy pronto de que no solo sus señores maestros saben, sino tal vez un poquito mas los que ellos titulan rutineros, oscurantistas y retrógrados.

B.—Cuando el padre lo dice, señor marchante, estudiado lo tiene. Sobre todo, estamos en el palenque, y vamos á verlo: entremos en materia. Para probarme vd. que siempre se habia perseguido en el mundo á la santidad, á la virtud y á la beneficencia, me hizo una citacion mas larga que la cuaresma, nada menos, que desde el hijo de Adam, hasta los padres belemitas, sin distinguir tiempos ni lugares. En efecto, señor mio, ¿cuán diversos son aquellos de que me ha hablado, con el del siglo en que nació la Compañía de Jesus: siglo en que comenzaron á descubrirse en unos paises los abusos del clero; en que en otros, principiaron á vislumbrarse los primeros rayos de la libertad; en estos habia una inquisicion que fomentaba y sostenia todas las instituciones monásticas; en aquellos una tolerancia á toda clase de costumbres y opiniones. Y sin embargo, y no podrá vd. negarlo, en todas partes fueron mal recibidos los Jesuitas; en todos se les declaró una abierta oposicion; en todos, en fin, llovieron las quejas, y reclamaciones y aun se ocurrió en su contra, en no pocas, á las vias de hecho. ¿Y es creible que esta conformidad en tan diversas naciones no hubiera sido animada por otro espíritu que el de perseguir la santa vida, la suma doctrina y los inmensos beneficios con que venian á servir al mundo los Jesuitas?

M.—En esas mismas observaciones que acaba vd. de hacerme, encontrará amigo mio, la mejor respuesta á lo que me ha objetado.

En efecto, la Compañía nació, como ha dicho vd. muy bien, entre tempestades y borrascas; y entónces, así como ahora, no se ha fundado, no digo una provincia, pero ni un solo colegio sin que se levante contra él, alguna grave persecucion. ¿Conoce vd. ó ha oido hablar de los sucesos mas notables de esa época?

B.—Señor, como sabe vd. que los barberos tenemos muchos ratos ociosos y hablamos tambien con toda clase de gente; de ahí es que ya leemos este ú otro libro, viejo ó nuevo, y ya oímos á las personas ilustradas esta ó aquella noticia, de que vamos formando un cierto acopio de ciencia, que nos pone sobre el nivel de otros artesanos; y si á esto se agrega la lectura de los periódicos, puede vd. creer, que hay entre nosotros hombres tan leídos y escritos, como entre los mas estrirados periodistas, y no, no lo tenga á chanza, pues hace algunos dias que nos habiamos reunido cuatro ó seis de mi profesion, é ibamos á publicar un periódico con el título de *La Sanguijuela*, y ¿qué elementos teniamos señor! El diablo me lleve si no hubiera venido al suelo D. Simplicio, ú otro de esos copetudos papeles.... Pero ya se me olvidaba lo principal: ¿que me preguntaba vd. señor?

M.—¿Si conocia vd. los sucesos notables de esa época?

B.—Toma si los conozco! En ese siglo, que muchos llaman de hierro por las calamidades que sufrió la Iglesia y la Europa, y otros de oro, porque entonces principiaron á brillar las luces que hoy nos iluminan, empezó Martin Lutero en Alemania á predicar públicamente sus doctrinas, que desprecuparon á tantos, pues segun sabe vd. se sacudió en muchas naciones el yugo de la autoridad papal; se casaron públicamente clérigos y frailes apóstatas; se dió libertad para enseñar en los púlpitos y disputar con los teólogos á los menestrales mas oscuros de la república y aun á mugeres livianas y parleras; se establecieron los fundamentos de la soberania popular en política, y en lo religioso el derecho de interpretar las divinas escrituras; y últimamente se levantaron profetas que afirmaban la proximidad del juicio final, con tanta facilidad que señalaban el año, el dia y hasta la hora.

En el mismo siglo floreció tambien Calvino en Francia, sobresaliendo especialmente en promulgar el derecho de insurreccion que tantas guerras causó y calamidades suscitó y produjo en aquel reino cristianisimo; sobrepujando sus discípulos en crueldad á los antiguos paganos; arrojando á los religiosos y monjas de sus monasterios; profanando los sacramentos todos sin esceptuar el de la Eucaristía; haciendo hoguera de los crucifijos é imágenes de la Virgen y de los santos y cometiendo otros desacatos que no pueden referirse sin horror.

En Inglaterra, en el citado siglo, Enrique VIII negó la obediencia al papa, y dió principio á ese cisma que tantas lágrimas y sangre ha costado á la nacion británica, y que todavia dura, siempre oprimiendo á los católicos; testigos los irlandeses, víctima hasta el dia de las crueles vejaciones de los protestantes.

Últimamente y para no cansar á vd., en el mismo siglo, se des-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

cubrieron y conquistaron las Indias Orientales y Occidentales; las primeras por los reyes de Portugal, y las últimas por los de España, con cuyo descubrimiento se hizo pública la existencia de la superstición y credulidad gentilica, que se creía ya extinguida en todo el mundo.

M.—Exactísimas noticias tiene vd., seor-maestro; no puede negarse que ha leído vd. alguna cosa.

B.—¡Toma señor! Si á mí me ha gustado leer de todo; aunque si he de hablar la verdad, mas me gustan, y leo con mayor aprecio los libros modernos que los antiguos, pues no me puede vd. negar que estos son tan serios, tan secos, tan argumentadores, y aquellos tan graciosos, tan bien hablados, tan nada escrupulosos; y sobre todo, con sus estampitas que no hay mas que ver.... ¿Pero adónde le parece á vd. que he leído lo que le acabo de contar? ¿Cuánto apuesta á que no lo adivina?

M.—¿Adónde, seor-maestro? Dígalo que yo me doy por vencido.

B.—En la misma vida de San Ignacio de Loyola, escrita por el P. Francisco Garcia, que me prestó un amigo. Mire vd. si la autoridad es respetable.

M.—En efecto, lo es, aunque esa historia no lo refiere todo. Sepa vd. seor-maestro, que además de esos errores que acaba de decirme, y otros mas que tuvieron su origen en ese siglo; todavía de la misma manera que el actual se resiente de los muchos del anterior, así el XVI habia heredado todos los del que le habia precedido. En él aún duraban las cenizas del incendio causado en la Europa por las doctrinas de Gerónimo de Praga, Juan de Hus, Wiclef y otros herejías; los desórdenes ocasionados por un cisma en que á la vez habian llegado á verse tres papas cada cual sostenido por diversos monarcas; las turbaciones civiles de los comuneros en España, los motines de los Armañques y Burguiñones en Francia y de los Guelfos y Gibelinos en Italia &c.; y esto sin contar con las nuevas calamidades públicas de que en ese mismo siglo fué teatro la Europa entera.

B.—Pues en lindo siglo por vida mia echó Dios los Jesuitas al mundo: parece que no pudo escogerlo peor.

M.—Así es, seor-maestro, porque Dios á proporcion del mal envia el remedio; pero esto es puntualmente lo que explica el fenómeno de las constantes persecuciones que sufrieron entonces los Jesuitas, continuaron padeciendo todo el tiempo de su existencia. ocasionaron su ruina, y han vuelto á recrudecerse contra ellos despues de su establecimiento. Présteme vd. toda su atención.

Fijando ésta sobre el instituto de los jesuitas y los objetos á que se dedicaban, es muy fácil conocer que desde luego debieron atraerse todo el odio de tan inmenso número de sectarios, y de hombres interesados y corrompidos. Combatian el estado religioso, y aparecia una nueva orden á defenderlo. Atacábase la autoridad del papa, y saltaba á la arena un reciente escuadron de valerosos combatientes á vindicar sus derechos. Impugnaba el protestantismo los dogmas católi-

cos con lujoso aparato de erudición y de saber, y le hacia frente un moderno cuerpo de sábios para repeler sus ataques con iguales armas. El contagio de la herejía amenazaba propagarse á los países que habian permanecido fieles á la verdad, y volaban á su seno grandes doctores á cortar sus estragos. Trataban de minar los fundamentos de toda autoridad y se levantaba un firme baluarte para su resguardo. Se queria corromper la juventud, dándole á beber en vaso dorado el tósigo de perniciosas doctrinas; y maestros mas apropiados y morales les disputaron este oficio, ministrando principios mas sanos y seguros en tazas de oro fino. Por último, el descubrimiento de naciones idólatras y bárbaras, á quienes en mucha parte se pretendia hacer abjurar sus errores y entrar en las sendas de la civilización, á la fuerza del rigor y de la espada, exigia unos nuevos apóstoles, que con la dulzura mansedumbre y caridad cristiana los iluminasen y al mismo tiempo les viesesen de escudo, contra las atrocidades de sus conquistadores; y todas estas graves exigencias vino á satisfacer la Compañía de Jesus.

B.—Aun cuando todo lo que vd. me diga sea un evangelio chiquito; esto cuando mas explica la persecucion de los cismáticos y hereges ¿pero la de los católicos, señor? ¿Estas acaso pudieron tener el mismo origen? Al contrario, viendo el catolicismo que en los Jesuitas se les presentaban unos tan fieles auxiliars: ¿cómo es que las naciones ortodoxas no se manifestaron mas fáciles en recibirlos? ¿Ignota vd. lo que padecieron en España, en Francia, en Portugal, en Italia, y aun en la misma Roma?

M.—No, seor-maestro; pero en estas naciones tuvo la persecucion diversa causa; entre los cismáticos y hereges, el odio á los Jesuitas era resultado de la ortodoxia de sus doctrinas, y la calidad de su profesion; en los países católicos, empero, nació de la ignorancia de su instituto y costumbres, de una falsa prevencion por las herejías entonces dominantes, de la envidia, de los celos, del furor, de otras pasiones y tambien en parte del secreto influjo de los hereges que ya habian logrado penetrar clandestinamente en ellos. ¿Desea vd. que le dé una prueba convincente de la exactitud y verdad de mis asertos?

B.—¿Y cuál me puede vd dar, cuando es sabida la calidad de los persnages, que en esas naciones les declararon la guerra? ¿Podrá vd. poner alguna tacha en el arzobispo de Toledo Siliceo, que llegó hasta excomulgarlos; en el sábio y religioso Melchor Cano, que los denunció como precursores del Antecristo; en el pueblo de Zaragoza que los espulsó á pedradas; y en otras persecuciones de que fueron objeto en España? ¿En Francia no los condenó la Sorbona; no les hizo oposicion el obispo de Paris Bellay y otros prelados; no los espulsó el parlamento de la misma ciudad, demoliendo su colegio, y levantando en su lugar una infame columna? Por último, ¿no fueron desterrados de Venecia, de Bohemia, Hungría, Moravia, Transilvania, Monte-Policiano y otros lugares; y aun en Roma, no pade-

D.—2.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

cieron graves contradicciones ante el papa, y llegó á vérselos, aun en vida de su fundador como excomulgados, hereges y apestados?

M.—Cierto es, seor-maestro; y se conoce que á mas de la vida del Santo fundador de la Compañía, en que se refieren algunas de estas persecuciones, está bien instruido de los otros hechos ruidosos en su contra que les han opuesto constantemente sus adversarios. Igualmente conozco que tiene mas juicio que esos libelistas, que confunden todos los tiempos; pues no le he oido citar mas que las persecuciones de su primer siglo, reservándose sin duda para despues las ocurrencias de la Puebla de los Angeles, Paraguay, Ritos Chinos &c. que son posteriores; y creyendo que no olvidará á su tiempo, la expulsion de los reinos católicos, el breve de Clemente XIV, y demás argumentos con que se arma tanta polvareda. Ya que vd., contra la costumbre de los periodistas, me arguye con tanto orden, prometo dejarlo satisfecho en el mismo; pues si como vd. ha dicho muy bien, primero se razura y despues se dá el espejo, y se liga la vena antes de picarla; ya que ha comenzado á meter su navaja, voy á probarle que por ese lado nada hay que cortar, y que para sangrar á los Jesuitas no tiene donde asegurar la ligadura.

B.—Mucho afirmar es ese, señor marchante; pero ya que tan satisfecho está de su saber, le tomo la palabra: diga vd. lo que guste sobre esto; y ya veremos si tengo buena navaja y lanceta, y si son buenas las piedras en que las he afilado.

M.—Acepto el desafio, seor-maestro; y puesto que me he comprometido á esponer á vd. las causas de las persecuciones de los Jesuitas, voy á ocuparme únicamente de sus adversarios católicos; porque ser perseguidos por los hereges, lejos de ser una afrenta, es la mayor honra que pueden ellos tener, pues unos hombres que no han perdonado á Dios ni á sus santos, que han profanado los sacramentos, conculcado todas las cosas sagradas y trastornádolo todo, así en lo religioso como en lo civil: ¿cómo no habian de haber aguzado sus lenguas víperinas contra un cuerpo de sacerdotes, que se condecoraba con el augusto nombre del fundador del cristianismo? Pero antes de entrar en materia, deseo hacerle una pregunta: ¿qué le parece á vd. que son los Jesuitas?

B.—Me ha sorprendido vd. con su pregunta, y confieso que me hace tartamudear la respuesta. Si escucho á ciertas personas, les oigo decir, que los Jesuitas son unos hombres muy santos, muy doctos, muy ejemplares y útiles á todo el mundo. Si pregunto á otras, me contestan que son unos corrompidos, ambiciosos, hipócritas, divulgadores de pésimas doctrinas en lo político y moral, perturbadores de la paz pública, enemigos encarnizados, en fin, de la religion, de los gobiernos y de la libertad de los pueblos. Si consulto, en fin, á los escritos contra estos padres, encuentro no menos contradicciones; tan pronto los veo llamar declarados hereges, como simulados católicos; tan pronto secta, como orden religiosa abolida por el papa; tan

pronto se me enseña que solo sirven para hacer mal, y á muy poco veo asegurar que en ese cuerpo no han faltado quienes hagan muchos y grandes bienes. De manera que no sé á cual carta quedarme de las que se echan en la mesa.

M.—Sin embargo, necesario es, seor-maestro, decidirse por alguna, si hemos de proseguir en orden nuestra discusion. Voy á allanarle á vd. el camino. ¿Serán los Jesuitas ángeles, demonios, almas de la otra vida ú hombres? ¿Qué dice vd.?

B.—¡Graciosa pregunta por cierto! Hombres, señor, y muy hombres, de carne y hueso, é hijos de Adán como nosotros; y sobre esto creo que ninguno ha dudado: á lo menos, entre tanto como he leído y oido decir, no he visto que se les niegue el cuerpo y alma, y se les haya calificado de duendes, vampiros, ó tente en el aire.

M.—No dude vd., seor-maestro, que al paso que va la polémica falte algun periodista que lo escriba. Pero dejando á un lado las chanzas, dígame: siendo los Jesuitas hombres como todos, sobre lo que siquiera no puede hacerse capítulo de acusacion; y habiéndose reunido para formar un cuerpo con ese título ¿lo han verificado por su capricho y depravado corazon, solo para hacer todo género de males; ó para reunirse y vivir así públicamente, necesitaron ser autorizados, que se revisaran las bases de su sociedad, se examinase el objeto á que ella se dirigia, sus máximas y reglas?

B.—Yo entiendo, señor, que así ha de haber sucedido, porque nunca ha faltado absolutamente orden en el mundo y mucho menos de tres siglos á esta parte; y no me cabe en el juicio que formándose un cuerpo, no en la oscuridad y tinieblas, sino á la faz del universo, creciendo á la vista de todos y ocupándose en unas funciones manifiestas á toda clase de personas: no es creíble, repito, que ninguno hubiera dejado de preguntarles, por qué vivian juntos, qué fines llevaban en su asociacion, y con qué autoridad se propagaban admitiendo adeptos.

M.—Está vd. en lo cierto: debiendo agregar que mucho menos semejante cuerpo deberia haberse llamado comunidad religiosa, ni tampoco lo hubieran tolerado las demás, si no hubiese obtenido igual sancion que ellas. De lo que se deduce naturalmente, que los Jesuitas eran una reunion de hombres, que formaban una orden religiosa, con las mismas garantías que los agustinos, dominicos, franciscanos, carmelitas, mercedarios &c., sin otra diferencia, sino que así como algunas de estas órdenes tienen diverso título que el nombre del que las fundó, como la de predicadores, de la Santísima Trinidad, de la caridad, de los siervos de Maria y semejantes; esta última quiso tomar el de Compañía de Jesus, de la que se ha derivado el de Jesuitas, para significar, que venia á pelear bajo la bandera de Jesus. ¿Estamos de acuerdo sobre esto?

B.—Por ahora no me ocurre ninguna cosa que oponer, ni puedo negar que en los tiempos antiguos los Jesuitas tuvieron lugar entre las

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. L.

demás religiones, ni dejan de tenerlo actualmente donde existen, sea en los países católicos ó en los que toleran á las corporaciones pertenecientes al catolicismo.

M.— Muy bien, pues ha de saber vd. señor-maestro, que aunque todas las religiones sean iguales en su profesion esencial de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, y aun muchas estén sujetas á una regla general, difieren entre sí por sus particulares institutos y su régimen interior. Así es, v. g., que aunque bajo la regla del gran Padre San Agustin, se cuentan innumerables religiones, entre ellas los dominicos, los carmelitas, los mercedarios, y nuestros antiguos belemitas é hipólitos, es cosa sabida que cada cual de ellas tiene distintos institutos y se rigen de diversas maneras.

Sucedió lo mismo con la Compañía de Jesus cuando nació. Conservando el Santo fundador lo esencial de la vida monástica, modificó, con aprobacion de la Iglesia, ciertos puntos, por no convenir á lo principal de su instituto. Así es, que odiando entonces de muerte los hereges los sagrados hábitos religiosos, y siendo esto un estorbo para penetrar en ciertos países á hacerles la guerra; convencido el sábio legislador de los Jesuitas, de que el hábito no hace al monge, no quiso que estos lo tuvieran particular, dejándolos con el que entonces tenia el clero. Conociendo que aunque alabar á Dios en el coro es officio de ángeles y muy loable, y á pesar de que á él en lo personal le movia y agradaba mucho, no lo puso en su religion, para que los miembros de ésta estuviesen mas espeditos sin esta obligacion, para ayudar con mayor eficacia á los prójimos; y por la misma razon, aunque el Santo era penitentísimo, no fijó sobre este punto reglas determinadas, dejándolo á la prudencia de los superiores y confesores, que sabrian medir las fuerzas y verdadero fervor de cada individuo. Como los hereges echaban en cara á los eclesiásticos recibir limosnas por misas, sermones y otros ministerios, tachando esta santa práctica de tráfico indecente, determinó que los que abrazasen su regla, no recibiesen ni en lo particular, ni en cuerpo, estipendio alguno por ninguna de sus funciones sacerdotales. Enseñado por la esperiencia de que no se puede tener una dedicacion formal al estudio, si no se tiene todo lo necesario, dispuso que los colegios tuviesen rentas, para que la necesidad de mendigar no fuese óbice para dedicarse á las letras; y tanto mas quanto que sus miras fueron las de que sus hijos igualasen, cuando no sobrepujaron en literatura, á los que con esta arma poderosa hacian la guerra á la Iglesia. Pero, si tuvo esta consideracion con los colegios, ordenó sin embargo que las casas profesas dedicadas especialmente para el servicio espiritual de los prójimos, no tuvieran bajo ningun título fondo alguno, y solo subsistiesen de la pura caridad de los fieles á quienes servian.

Todavía mas, como el fin de San Ignacio fué el que sus hijos no omitiesen medio alguno para ser útiles á sus prójimos, y que se dedicasen sin escepcion á los ministerios de predicar, confesar, en-

señar á la juventud, visitar las prisiones, socorrer á los enfermos, combatir el cisma, heregía é incredulidad en los mismos lugares en que dominaban, pasar los mares para convertir y civilizar á los gentiles, y prestar sus servicios, en cuanto fueran solicitados por el papa y los obispos, determinó formar hombres muy escogidos, que desempeñasen con perfeccion todas estas clases de ministerios, y que no en vez de traer utilidad á los fieles, fuesen á servirles de piedra de escándalo. Así es, que no contento con el año de noviciado que tienen todas las religiones, dispuso que fueran dos. Igualmente, como los hombres varían de un momento á otro, y el estado que hoy abrazan con fervor, el día de mañana desean abandonar por veleidad é inconstancia, ó por otros motivos justos, ordenó prudentemente que los votos que se hacian al fin del noviciado, no fuesen solemnes, es decir, aceptados por la religion, sino simples, ó que solo obligasen á los particulares; en lo que nada habia de injusto, porque la religion nunca varía, y en dos años puede conocerse bastante, y no así los individuos, á quienes no basta ese corto tiempo para conocerla suficientemente. Pero como tampoco convenia dejar abierta una brecha á la tentacion é inconstancia, ni que los que abrazaban ese estado dejasen de gozar de sus beneficios; si bien ligó á los miembros perpetuamente en cuanto á ellos, dejó facultad al cuerpo de escuchar las justas solicitudes de los que quisiesen abandonarlo, así como de lanzar de su seno á los que no se amoldasen á su espíritu, abriendo esta puerta para consuelo de muchos, y para purgarse de los discolos y perjudiciales. Pero al mismo tiempo, para que no saliesen por otra para las dignidades eclesiásticas, los grandes hombres que podian ser útiles para las empresas de la gloria de Dios, la cerró con no menor prudencia por un voto de que hablarémos despues.

Respecto del gobierno de la Compañía, lo constituyó de un modo muy perfecto, tomando lo mejor de cada forma: él era monárquico, en su general vitalicio; aristocrático en su consejo ó asistentes que tenian poder aun de deponer al general; y democrático en sus congregaciones, que se reunian en ciertos casos, y se formaban de los diputados ó procuradores de todas las provincias. Juntamente, para impedir las intrigas de los capítulos y los desordenes que desgraciadamente suelen verse con escándalo de los seculares, estableció que no los hubiese respecto de los superiores locales; y para el gobierno de los que nombrase el prepósito general con consulta de sus asistentes, previno que se informase á éste de las cualidades personales de todos los individuos de la Compañía, para que con conocimiento de causa, se les diese empleo conveniente, y que no fuera superior á sus fuerzas. Ultimamente, con arreglo á este particular mecanismo, dividió á sus hijos en cuatro diversas clases: los profesos de cuarto voto, los coadjutores espirituales que no hacian este último, los estudiantes, y los legos ó